



Las torres
de Barchester

ANTHONY TROLLOPE

Las torres de Barchester pertenece a la serie de las seis novelas de Barset, que Trollope sitúa en el condado imaginario de Barsetshire. Ambientada en el mundo rural clerical de la Inglaterra victoriana de mediados del siglo XIX, que recibe frecuentes y amenazantes visitas del mundo exterior, encarnado en la gran metrópoli de Londres, esa mezcla de dos mundos más o menos opuestos y enfrentados da pie a un amplio abanico de personajes que interactúan entre sí dando lugar a una serie de conflictos en forma de relaciones amorosas, disputas políticas y sociales, problemas económicos y algunos dilemas morales, todo ello tamizado por el humor más o menos satírico con que el autor presenta las distintas situaciones.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Anthony Trollope y los diversos realismos de la novela victoriana

Vida y obra de Trollope

El feliz mundo de Barchester

BIBLIOGRAFÍA

Bibliografías y manuales de referencia

Biografías de Trollope

Estudios críticos sobre la obra de Trollope

Estudios críticos sobre las novelas de Barset

Estudios críticos sobre «Las torres de Barchester»

Ediciones españolas modernas

LAS TORRES DE BARCHESTER

Volumen primero

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Volumen segundo

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Volumen tercero

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

INTRODUCCIÓN

ANTHONY TROLLOPE Y LOS DIVERSOS REALISMOS DE LA NOVELA VICTORIANA

ANTHONY Trollope es, de la nómina de grandes escritores victorianos, el más prolífico y el más desconocido en España. Esta afirmación no parece precisar de matizaciones, ya que los datos resultan bastante elocuentes por sí mismos: escribió cuarenta y siete novelas, cuarenta y dos relatos cortos, cinco libros de viajes, cuatro biografías, incluida la suya propia, e infinidad de artículos, ensayos y conferencias. De tan vasta obra sólo se han publicado en nuestro país en los últimos años dos novelas, *El custodio* y *El doctor Thorne* (precisamente la anterior y posterior a la que nos ocupa en el orden cronológico de los seis libros que conforman la serie de Basset)^[1], además de una colección de cuentos. Así pues, ésta es la primera edición española de *Barchester Towers*, el libro que hoy en día se considera el más popular de Trollope y que con mayor facilidad se asocia a su nombre. Figuras literarias de la novela decimonónica inglesa como Charles Dickens, William Thackeray, Wilkie Collins, George Eliot o las hermanas Brontë vienen antes a la mente del lector español que nuestro autor, el cual, además, sufrió en su propio país un relativo olvido durante las primeras décadas del siglo XX hasta que, en la segunda mitad del mismo, volvió a gozar de buena parte de la popularidad que había disfrutado en vida gracias tanto al renovado interés de la crítica como a la adapta-

ción para televisión de muchas de sus novelas. Aun así, los programas de estudios de las universidades anglosajonas siguen, en líneas generales, incluyendo más libros de sus colegas que de él, por más que también sea cierto que, como decía, en el último medio siglo se le han dedicado gran número de biografías, ensayos críticos y artículos, se han creado varias sociedades dedicadas al estudio y difusión de su obra, y la mayor parte de ésta ha tenido diversas reediciones.

No obstante, podríamos decir que existe –o, al menos, ha existido durante largo tiempo– un «problema Trollope», como parece indicar la necesidad de situar en el lugar que corresponde dentro de la historia de la novela inglesa a un escritor que, en vida, gozó de enorme popularidad (al menos durante su etapa central como novelista, que podemos situar entre 1855 y 1870 más o menos), pero que también provocó reacciones muy contrapuestas en la crítica de entonces. Parte de ese supuesto problema fue ocasionado por el propio autor al ser tan extremadamente prolífico (¿cuántos escritores de primer orden han escrito cuarenta y siete novelas?) y llevar el tipo de vida que llevó: desde una perspectiva «romántica» y artística, no acababa de casar que alguien que trabajó activamente como funcionario del servicio postal británico entre 1834 y 1867 – período que incluye la redacción de buena parte de parte de sus mejores o, al menos, más paradigmáticas novelas– se dedicase al mismo tiempo a una incansable creación literaria. En otras palabras, resultaba –y puede que todavía hoy lo resulte algo– difícil aceptar que alguien mejorara la franquicia postal por la mañana y escribiese una obra maestra por la tarde, por así decirlo.

La publicación de su autobiografía en 1883, un año después de su muerte, tampoco contribuyó a erradicar ese tipo de prejuicios, sino más bien todo lo contrario. Junto a muchos comentarios interesantes, y en ocasiones engañosos, sobre su visión de la creación artística y la lite-

ratura y las motivaciones que lo habían impulsado a escribir sus principales libros (así como determinadas afirmaciones muy sorprendentes, como aquellas en las que ensalza algunas de sus novelas por encima de otras de mayor calidad), Trollope cometía el terrible pecado de explicar su método de trabajo, consistente en ceñirse a un estricto plan que lo obligaba a escribir determinado número de palabras al día, y aprovechar sus constantes trayectos en ferrocarril para cumplir con su trabajo en Correos, así como las largas travesías en barco durante el gran número de viajes que realizó por el mundo, para seguir escribiendo sin descanso. Esa disciplina e incansable actividad en cualquier lugar y situación explicaba su gran fertilidad, pero contribuía a seguir destruyendo el «mito romántico». Además, el que buena parte de sus novelas hubiesen aparecido primero por entregas hacía del escritor victoriano un mero artesano que escribía tantas páginas para tal día, para lo cual no dudaba en incluir las subtramas que hiciera falta (que en ocasiones no parecían guardar demasiada relación del tipo que fuese entre sí) con tal de completar el espacio requerido, frustrando de ese modo el concepto ideal de que la obra literaria es como es porque no podría ser de otra forma y cada palabra, personaje y situación están ahí porque tienen que estar. Y aún había algo peor, y es que en esa autobiografía Trollope se atrevía a incluir un listado con las ganancias obtenidas de todos y cada uno de sus libros, con lo cual el autor parecía confirmar que esa incómoda sensación de materialismo y preocupación por el dinero que abunda en sus obras había sido uno de los principales estímulos que lo habían llevado a dedicarse a la literatura.

Así pues, Trollope no encajaba ni por asomo en la imagen de un escritor que, aislado y encerrado en su estudio y en circunstancias vitales a veces muy poco propicias, consigue con gran dificultad pergeñar obras que parecen destinadas a sobrepasar sus propios límites y condicio-

nantes temporales y convertirse en clásicos de la literatura, sino que aparecía ante su público y los inflexibles críticos del momento y de inicios del siglo XX como una imparable máquina de producir ficción que no descansaba para atender a determinadas cuestiones estéticas, ideológicas o artísticas. Además, su muerte en 1882 coincidió con un cambio bastante ostensible tanto en la producción literaria como en los gustos del momento. Tras el largo período victoriano del que Trollope era tan buen exponente (esto es, el enemigo que había que derribar), las postrimerías del siglo producirían autores tan variados e interesantes como George Bernard Shaw, Oscar Wilde, Thomas Hardy, Robert Louis Stevenson, George Gissing, Samuel Butler^[2] o el propio Henry James (uno de los críticos de Trollope con una actitud más ambivalente hacia su obra, que ensalzó y despreció casi por partes iguales). Estos y otros escritores contribuirían a ampliar las posibilidades temáticas y formales de la literatura inglesa de principios del siglo XX haciéndose eco de las nuevas corrientes literarias, científicas e ideológicas del momento y abriendo las puertas para la revolución modernista de las primeras décadas del siglo.

El 7 de diciembre de 1882, dos días después de la muerte de Trollope, el obituario que publicó *The Times* (y no fue el único) rendía el necesario tributo al fallecido autor para, inmediatamente después, denigrarlo y relegarlo al olvido:

De discurso grandilocuente y enfático, argumentación perentoria, modos campechanos, constante bondad y buen corazón, fiable tanto para las cuestiones grandes como para las pequeñas, su propia pluma nunca dibujó un retrato mejor que el que presentó del robusto y franco caballero inglés, cultivado pero, de manera ostensible, un tanto desdeñoso de los pequeños refinamientos de los salones modernos. Concienzudo hombre de negocios y de mundo, ardiente deportista, sobre todo de la caza del zorro, familiarizado con to-

dos los aspectos de la vida doméstica y visitante de cada uno de los continentes, el señor Trollope combinó las cualidades del funcionario, el caballero rural, el viajero y el hombre de letras ingleses. [...] No era capaz de instilar una pasión muy profunda y tuvo el buen sentido de no intentarlo muy a menudo. Aún menos podía hacer frente a las dificultades intelectuales, y tuvo el buen sentido de intentarlas con incluso menor frecuencia. [...] No hay enigmas profundos ni problemas inconquistables que diversifiquen las historias del señor Trollope [...] Sería imprudente profetizar que su obra será leída durante largo tiempo; la mayor parte de la misma carece de algunos de los requisitos en los que insiste el severo oficial que expende los pasaportes a la tierra de lo inolvidable^[3].

Afortunadamente, como decía, la segunda mitad del siglo XX se desprendió de esos prejuicios y comenzó a analizar la obra de Trollope en busca de nuevas interpretaciones y méritos, dando lugar a un abultado y acertado corpus crítico. Una obra tan extensa ciertamente da para mucho. Aun así, en ocasiones parece subsistir la necesidad de justificar y defender a Trollope, como si su puesto en el Olimpo de los novelistas victorianos de primera fila estuviera en constante peligro, cosa que no ocurre con sus otros colegas. Del mismo modo, también parece haber perdurado cierta tendencia a realizar un ataque inicial por algunos de los mismos motivos alegados por sus contemporáneos y generaciones inmediatamente posteriores para después apreciar sus cualidades. En 1954 comenzaba Walter Allen el capítulo dedicado a Trollope en su *The English Novel* diciendo lo siguiente:

Más que cualquier otro novelista inglés de su tiempo, estaba en perfecta sintonía con su época, criticándola en lo que, en comparación, son pequeños detalles pero, en conjunto, aceptándola como aceptaba el aire que respiraba. [...] Sabía exactamente lo que debía ser una novela; era lo que la gran mayoría de lectores siempre han querido que sea: «un

retrato de la vida cotidiana alegrado por el humor y endulzado por la emoción». Sus fallos son obvios. Su estilo es corriente, así que depende plenamente del interés del tema que trate y, cuando el tema es aburrido, Trollope es aburrido. No tiene sentido formal: le bastaba con producir una historia con la que llenar tres volúmenes de una novela, novela además que tenía que aparecer por entregas en una revista antes de su publicación. Como él mismo sabía, tenía poca pericia para construir tramas, lo cual era tanto una ventaja como un lastre. Todo parecía conspirar para convertirlo en un gran improvisador; lo leemos de capítulo en capítulo sin prestar mucha atención al todo^[4].

¿Aceptaba Trollope su época tal como era? Sí y no. ¿Son sus novelas eso que él mismo había definido en su autobiografía y que Allen cita? Sí y no. ¿Es su estilo corriente, carente de sentido formal y con poca habilidad para construir tramas? Sí y no. Casi todo en Trollope parece ser una constante contradicción, y ahí estriba precisamente buena parte de su indudable mérito e interés.

También en la década de 1950, Seymour Betsky escribió un acertado ensayo sobre las características principales de la obra de Trollope en el que afirmaba:

La debilidad de Trollope, tal y como lo leemos hoy, es su resoluta falta de una penetración psicológica tan inquisitiva como la que encontramos en Henry James o en George Eliot, a quien se asemeja. Se niega a hacerse cargo de las irrevocables tragedias de unos personajes a los que respetamos profundamente, y se niega a adoptar una postura desde la que pueda decir con claridad –y en términos dramáticos– que su mundo victoriano sufre una grave enfermedad o una profunda alteración aquí, aquí y aquí. [...] Las novelas de Trollope presentan una movilidad cada vez mayor, un sacrificio de los principios cada vez mayor, un empobrecimiento y una desesperación cada vez mayores. Sin embargo, él se resiste a sacar conclusiones. Lo más que puede hacer es presentar la ecuación y pedirnos, al mejor estilo caballeresco, que la resolvamos nosotros mismos^[5].

Es en esa negativa a comprometerse hasta tal punto donde encontramos al Trollope más interesante y más constantemente paradójico. Si abordamos las novelas de Barchester desde la perspectiva más convencional, entonces recalaremos en las constantes típicas de la novela realista decimonónica, dentro de las que cada autor individual destaca con nombre propio por sus propias particularidades, y tanto los méritos como las debilidades de un libro como *Las torres de Barchester* dependerán de los méritos y debilidades de su autor a la hora de aplicar esas constantes a su composición. Así, podemos entender esas seis novelas situadas en el condado imaginario de Barchestershire, cuya capital es Barchester, como un retrato realista y amable de una sociedad rural muy específica de la Inglaterra victoriana de mediados del siglo XIX que recibe frecuentes y, por lo general, amenazantes visitas del mundo exterior, encarnado en la gran metrópoli de Londres. Esa mezcla de dos mundos más o menos opuestos y enfrentados da pie a un amplio abanico de personajes que interactúan entre sí dando lugar a una serie de conflictos muy concretos. En consecuencia, se nos presentan relaciones amorosas, disputas políticas y sociales, problemas económicos y algunos dilemas morales, todo ello tamizado por el humor de corte más o menos satírico que frecuentemente elige el autor para presentar las distintas situaciones del relato, a lo cual contribuye un narrador omnisciente cuya voz no duda en interrumpir el fluir del mismo para comentar, matizar y dirigirse al lector. Así pues, todo o buena parte de lo que cabe esperar de ese tipo de constructos llamados realistas está presente en las historias de Trollope: la evolución social y emocional de los personajes como individuos que forman parte de una sociedad caracterizada por determinados códigos estrictos de conducta y por una estructura económica que domina su existencia y hace el sistema de clases inglés posible; el planteamiento, desarrollo y resolución de una serie de conflictos que afectan a

esos personajes, modulados en torno a una serie de convenciones sociales, económicas, políticas y religiosas y considerados desde el punto de vista ético aceptado por autor y lectores, y la habilidad del escritor para dar forma a esos conflictos de manera que consiga mantener el interés de su público y colmar sus expectativas. Una particularidad muy propia de Trollope es la recurrencia de algunos personajes de las novelas en otras, ya sea en papeles protagonistas o secundarios, contribuyendo así a crear la ilusión de un mundo «real» abierto a múltiples posibilidades de interacción entre sus habitantes y a que cada novela no se limite a ser un relato cerrado en sí mismo una vez llega a su conclusión.

De acuerdo con esa perspectiva más convencional, los méritos de Trollope son bastantes y sus defectos los enumerados por Allen más arriba. Si nos paramos ahí, las novelas de Trollope resultan extremadamente satisfactorias y ocupan su lugar destacado dentro de la novela victoriana inglesa con toda dignidad, a pesar de todas las objeciones que podamos hacer. Es entonces cuando podemos decir que Trollope destaca ante todo por ser un excelente caracterizador de personajes, un agradable escritor cómico y, a veces, un débil o reiterativo constructor de tramas, como él mismo ya afirmó en sus memorias (lo cual tampoco tiene por qué ser un terrible defecto, ya que los otros dos aspectos pueden suplir con creces esa supuesta deficiencia; las dos tramas paralelas de *Las torres de Barchester* –la lucha por hacerse con el hospicio y la otra lucha por conseguir a Eleanor– son muy simples y carentes de grandes efectos dramáticos o enrevesados giros argumentales, y ése es uno de los factores que contribuyen a que esta novela «realista» pueda denominarse así en su sentido más elemental).

Un segundo paso para la apreciación de los méritos de Trollope y la superación de esos prejuicios heredados de principios del siglo XX nos viene dado por las mejores

aportaciones críticas que sobre su obra se han escrito en las últimas décadas. Así, en relación con el último punto mencionado sobre la puntual falta de tramas interesantes en el autor y su férreo ceñimiento a unos patrones ante todo «realistas», P.D. Edwards nos recuerda que «su inalterable estabilidad de tono, su forma lenta y estrictamente secuencial de desarrollar sus argumentos, su similitud de estilo novela tras novela, han hecho que la mayoría de sus lectores no percibieran su gran variedad de temas y, sobre todo, su gusto por lo sensacionalista, lo moralmente macabro y lo exótico», tras lo que afirma un poco después que «muchas de sus novelas, y casi todas las mejores, tienen muy buenos argumentos, [...] historias que sonarían muy interesantes y poco frecuentes incluso en un sucinto resumen. Tales novelas convierten en tontería la famosa afirmación de Trollope de que una novela “debería mostrar un retrato de la vida cotidiana alegrado por el humor y endulzado por la emoción”, pues su arte es más que un mero retrato y la vida que reflejan a menudo va más allá de lo cotidiano»^[6]. Edwards concluye que los mejores libros del autor navegan entre lo irreal y lo hiperreal, lo cual, además de devolvernos al terreno de las paradojas, abre unos campos de interpretación muy interesantes y reabre el eterno debate sobre las verdaderas características «realistas» de las novelas calificadas con dicho nombre.

Ruth apRoberts, por su parte, nos demuestra a la perfección que algunos de los supuestos puntos flacos de Trollope, sobre todo cuando se le compara con los otros novelistas victorianos de primer orden, no son tales ni producto de sus carencias. Trollope es poco simbólico o alegórico y poco estilista, y sus historias se rigen por una exposición clara, sencilla y poco enrevesada porque él así lo decidió a la hora de narrar esos sus relatos realistas, no porque sus limitaciones le impidieran expresarse de otro modo. Al mostrar casos concretos muy vívidos y reales